

## ¿Dónde está Dios?

La ejecución de Jesús ponía en cuestión todo su mensaje y actuación. Aquel final trágico planteaba un grave interrogante incluso a sus seguidores más fieles: ¿tenía razón Jesús o estaban en lo cierto sus ejecutores? ¿Con quién estaba Dios? En la cruz no habían matado solo a Jesús. Con él habían matado también su mensaje, su proyecto del Reino de Dios y sus pretensiones de un mundo nuevo. Si Jesús tenía razón o no, solo Dios lo podía decir.

Jesús muere gritando: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, y, al morir, se encuentra con su Padre, que lo acoge con amor inmenso, impidiendo que su vida quede aniquilada. En el mismo momento en que Jesús siente que todo su ser se pierde definitivamente siguiendo el triste destino de todos los humanos, Dios interviene para regalarle su propia vida. Allí donde todo se acaba para Jesús, Dios empieza algo radicalmente nuevo. Cuando todo parece hundirse sin remedio en el absurdo de la muerte, Dios comienza una nueva creación

Este Dios que acoge a Jesús en el interior de su muerte no ha estado nunca separado de él. Mientras agonizaba, Dios estaba con él, sosteniéndolo con su amor fiel, sufriendo con él y en él, identificado totalmente con él, como se ha podido ver ahora en la resurrección.

El Padre no quiere ver sufrir a Jesús. No lo ha querido nunca. ¿Cómo va a querer la destrucción injusta de un inocente? ¿Cómo va a querer aquel final trágico para su hijo más querido? Lo que el Padre quiere es que Jesús sea fiel hasta el final, que siga identificado con todos los desgraciados del mundo, que siga buscando el reino de Dios y su justicia para todos.

Ni el Padre busca la muerte ignominiosa de Jesús, ni Jesús le ofrece su sangre pensando que le será agradable. Nunca han dicho algo parecido los primeros cristianos. En la crucifixión, Padre e Hijo están unidos, no buscando sangre y destrucción, sino enfrentándose al mal hasta las últimas consecuencias. Aquel sufrimiento es malo; aquella crucifixión es un crimen. Solo la han buscado las autoridades judías y los representantes del Imperio, que se cierran al Reino de Dios.

Jesús no quiere que lo maten; se resiste a beber aquella “copa” de sufrimiento: aquello es absurdo e injusto. Pero irá hasta la muerte, si hace falta, por ser fiel al reino de Dios: todos podrán conocer hasta dónde llega su confianza en el Padre y su amor a los hombres.

Por otra parte, el Padre no quiere que maten a su Hijo querido: es la ofensa más dolorosa que le pueden hacer. Pero, si hace falta, dejará que lo sacrifiquen, no intervendrá para destruir a quienes lo crucifican, seguirá amando al mundo y revelará a todos hasta qué extremos insondables llega la “locura de su amor” a los hombres.

El silencio de Dios en la cruz no significaba abandono del crucificado y complicidad con los crucificadores. Dios estaba con Jesús. Por eso, al morir, se ha encontrado resucitado en sus brazos. La resurrección ha mostrado que Dios estaba con el crucificado de manera real, sin intervenir contra sus verdugos, pero asegurando su triunfo final. Esto es lo más grandioso del amor de Dios: que tiene poder para aniquilar el mal sin destruir a los malos. Hace justicia a Jesús sin destruir a quienes lo crucifican.

Esta es la forma de actuar de Dios: no se deja ganar en amor, y nos acompaña en todos nuestros pasos.

En las situaciones complejas de nuestras, especialmente en aquellas derivadas de la construcción del Reino, en momentos en que nos preguntamos dónde está Dios –e inclusive, como Jesús, lleguemos a gritar que este Dios nos ha abandonado-, Jesús nos grita, también, que el Padre nunca lo ha dejado solo, ni a él ni a nadie.

*A partir de textos de José Antonio Pagola.*